

en zoología, una planta en botánica, una piedra en mineralogía! ¿Qué viene á ser el estudio del arte? Una numeracion de fenómenos necesarios. ¿La historia del arte? Un herbario de plantas muertas. El santuario del arte? ¡Un museo de curiosidades fósiles!.....

Hé aquí los errores intelectuales esparcidos, como el polvo, en la atmósfera que respirais. ¿Cómo, decidme, cómo pasará el soplo de estas doctrinas sin alterar su ideal, por el alma de nuestros artistas?..... ¡Oh, no: mil veces no! No es posible que el génio del arte, bajo el golpe de tantos errores, permanezca inalterable y puro, sin que lo alcancen ni lo hieran profundamente. Un hombre, quizá, un hombre escogido, un hombre excepcional, elevado por el poder de sus convicciones y el ímpetu de su gran génio sobre ese mundo de errores y ese caos de negaciones, podrá escapar de su influencia; el comun de los artistas ¡jamás! Tomado en su conjunto, el mundo artístico marchará, con un mismo paso y sobre un mismo declive, con el mundo filosófico, y todas las caídas de las inteligencias señalarán, jornada por jornada, todas las caídas del arte.

## II.

No obstante, Señores, si la corriente de nuestras *perversiones intelectuales* tiene que ejercer, y ejerce en realidad sobre la decadencia del arte una influencia lejana, pero real, la corriente de nuestras depravaciones morales ejerce otra mas visible y mas inmediatamente eficaz. El arte está ligado con las costumbres con relaciones tan íntimas, que, salvo algunas excepciones producidas por causas accidentales, el termómetro de la moralidad pública señala el nivel del progreso artístico. El arte es el espejo brillante de las costumbres populares, y las costumbres

populares son los motores todopoderosos del arte mismo. Vuestras creaciones artísticas reproducen como un espejo vuestras virtudes y vuestros vicios; y á su vez, vuestros vicios y vuestras virtudes influyen, con toda la energía de un resorte viviente, sobre el movimiento de las creaciones artísticas. Hay entre estas dos cosas accion constante y reaccion continua; accion inevitable y reaccion necesaria. Considerada en su conjunto, esta ley de accion y de reaccion queda siempre inviolable y permanente. La historia del arte, sea cual fuere el punto de su duracion en que nos coloquemos para examinarla, proclama este paralelismo constante de las degradaciones morales y de las degradaciones artísticas.

Quando, en la antigua Grecia, habiendo sucedido el reinado de los sofistas, de los materialistas y de los cínicos á la filosofía de Sócrates, de Platon y de Aristóteles, exterminó juntamente con sus creencias los últimos restos de sus virtudes, entonces ese arte, que fué en sus bellos días la brillante corona de la Grecia, se desplomó al par que las costumbres con una caída precipitada. A los tipos artísticos, relativamente elevados, de Minerva y de Júpiter, se substituyeron luego tipos que ni siquiera puedo nombrar. A las obras maestras de Fidias que, aun en pleno paganismo, dejaban ver la materia misma brillando con una belleza inmaterial, se vió suceder con rapidez y multiplicarse horriblemente, como hoy día, obras salidas á luz bajo un soplo impuro, y que buscaban su buen éxito en la satisfaccion de la curiosidad sensual y de las pasiones mas groseras. Presto se vió en Roma lo que se había visto en Atenas. Quando las doctrinas sensuales y la filosofía sibarítica hubo introducido en Roma esas costumbres monstruosas que no se pueden describir, el arte herido de muerte, dice un autor poco sospechoso, declinó rápidamente hácia su fin: embrutecido por la

corrupcion, no dió á luz en lo de adelante mas que borrones informes á seres abortados.

Este fenómeno histórico es de una generalidad sorprendente. Es la manifestacion brillante del fondo de las cosas en sus superficies visibles: es el resultado de una ley que gobierna el mundo moral con tanta seguridad como la ley de atraccion gobierna el mundo fisico: verdad de tal manera elemental, que parecería superfluo insistir en ella para grabarla en vuestras almas, si no fuese enteramente decisiva. Ya he probado otra vez que, sin un progreso moral proporcional y aun superior, todos los otros progresos tienen que perecer, ó volverse contra la humanidad misma que los lleva á cabo. Esto es verdad especialmente del progreso artístico; y jamás se os dirá demasiado ni comprendereis bastante, todo lo que puede la depravacion de las costumbres para precipitar la caida del arte y volver contra vosotros mismos su instrumento dominador y su formidable poder. ¿Qué puede y qué tiene que llegar á ser el arte en la triple hipótesis que voy á exponeros? ¿Qué será del progreso artístico, cuando á las almas que es menester pintar, las deforma una fealdad moral; cuando el siglo que pide cuadros y pinturas en que quiere reconocerse á sí mismo, tiene los instintos depravados por innobles pasiones; cuando los artistas que deden pintar las almas y responder á las exigencias del siglo, están ellos mismos infestados por esa corrupcion que respiran como el aire en la atmósfera en que viven?

Tened á bien recordarlo, Señores, el arte es ante todo una expresion de lo bello, no solamente de lo bello tal como aparece en la superficie de la naturaleza, sino de lo bello tal como se refleja del rostro de Dios en el fondo del alma humana. Si el artista no puede ni debe desdeñar el pintar y reproducir la belleza que resplandece en la naturaleza, debe ten-

der mucho mas á pintar la belleza que resplandece en el hombre. La belleza moral, la belleza del alma, debe formar sobre todo la noble seducccion del génio del arte; es quien debe descollar en sus contemplaciones, sus amores, y sus obras, sobre todas las otras bellezas, porque la belleza de una alma es el mas grande reflejo de la belleza de Dios.

De aquí resulta que la mayor causa de elevacion para el génio artístico, es contemplar almas grandes y bellas; y recíprocamente, la causa mas activa de su abatimiento, es ver y contemplar almas deformadas por el excés de su corrupcion. ¡Ah, Señores! Cuando á fuerza de depravacion las almas en todos los grados de la gerarquía social, aparecen á las miradas del génio que quiere pintarlas, deformes y feas, ¿cómo quereis que esta fealdad, encontrada en todas partes cara á cara, no llegue á grabarse en la imaginacion de los artistas y de ahí á estampar en sus obras el sello de su innoble efigie? ¿Cómo, con una virtud y una energía vulgar, podrá el artista siempre en frente de la fealdad viviente, aprender á reproducir la belleza? ¿Cómo, perseguido y sitiado todos los días y á todas horas de su vida, por el espectro horrible de la fealdad real, encontrará en sí mismo bastante vision, bastante amor, bastante entusiasmo por la belleza ideal? ¿Cómo, sobre todo, hallará en sí propio bastante valor y bastante poder para pintarla y mostrarla á generaciones que no pueden ya ni verse ni reconocerse en esas pinturas de la verdadera belleza? Sin duda alguna, el arte no es en esencia la imitacion *tal cual* de los modelos vivientes que el artista tiene ante los ojos. Quién puede negar, sin embargo, que la necesidad de imitar entra en el génio del arte, y que este instinto innato tiene que sufrir del contacto perpétuo con la fealdad una influencia desastrosa? Si consta que aun el cielo material visto por el artista sobre su cabeza, se

destíñe por decirlo así sobre sus obras, y les da según el matiz de los climas, el color sombrío ó brillante, opaco ó azulado, ¿cómo suponer que este cielo del mundo moral por donde pasan tantas figuras deformes no dejará en las obras del arte algo de su triste huella? ¿Cómo, á pesar de todo el génio y de la buena voluntad de los artistas, podríais impedir esta consecuencia fatal, que almas generalmente perversas, es decir, moralmente feas, presentándose ante los artistas, susciten en sus obras imágenes que se les parezcan, es decir, imágenes feas y repugnantes? ¿Cómo escapar sobre todo á esta consecuencia, cuando ya no agrada á estas generaciones pervertidas contemplar en las artes mas que lo que ellas dan á sus costumbres, y el artista, para obtener un buen éxito, se halla condenado á responder á aspiraciones depravadas y á exigencias malsanas, por medio de obras lúbricas y de representaciones impuras?

¡Ah! Cuando el génio se siente en presencia de una sociedad que mira á lo alto y respira en todas cosas lo grande, lo bello, lo puro, lo sublime, comprendo que entonces un soplo divino lo arrebate hácia esas regiones elevadas en que él mismo se complace en respirar. ¡El viento del siglo lo impele de abajo arriba, y sus aspiraciones van aun mas arriba!... Sabe que en esas puras regiones en que brilla la belleza sin mancha, la gloria vendrá á coronar su frente siempre virginal y sus obras siempre inmaculadas. Pero cuando el génio que tiene la ambicion de brillar á los ojos de su siglo y de llenar los ecos con su nombre, siente en derredor de sí no sé qué peso que hace á las almas inclinarse hácia todo lo que hay mas ruin, hácia la materia, el placer, la carne, la lujuria; cuando se dice á sí mismo: para ver á la multitud aplaudirme y saludar con entusiasmo la aparicion de mis obras, es preciso responder á aspiraciones descendentes y bajas; cuando oye á un pueblo corrom-

pido gritarle con todas sus voces: "Muéstrame lo que amo, lo que busco, lo que idolatro;" ¡Oh Dios! ¡Qué tentacion de bajar con su siglo á los abismos de la depravacion, y de caer hasta esos precipicios en que lo bello desaparece con lo bueno, en que el gusto se corrompe con la conciencia, en que el arte en fin, perece con la virtud!

¡Ah Señores! Si no contentos con ostentar por dondequiera á las miradas del artista modelos inmundos en vuestras costumbres depravadas, lo invitais aun con vuestra preferencia, vuestro favor y vuestros aplausos á responder con obras sin vergüenza á gustos babilónicos; si para adornar vuestros museos, vuestros salones, vuestras casas, vuestros gabinetes, le pedís á precio de oro cuadros y estatuas que hubieran hecho ruborizarse aun al pudor pagano; si pasais con la multitud distraidos é indiferentes, sin concederles siquiera el estímulo de una mirada, delante de las obras moralmente sin tacha, brillantes con el puro esplendor del espíritu y de la belleza ideal, si os es indispensable para satisfacer no la admiracion, sino la torpeza de un pueblo sensual, no lo que cierto hombre ha llamado la *desnudéz casta*, la desnudéz púdica, en que la irradiacion del espíritu hace olvidar la carne, sino la desnudéz vergonzosa, libertina, audáz, provocativa; si exigís del artista lo desnudo por lo desnudo, lo desnudo á toda costa, lo desnudo por todas partes; si llevais estas exigencias hasta la inverosimilitud, hasta el absurdo y hasta lo imposible... ó lo que viene á ser lo mismo, si el artista está convencido que para llegar á la fama y sobre todo á la fortuna, para ver cubiertas de oro sus obras afortunadas, no tiene mas que mostrarnos en sus cuadros escenas de voluptuosidad, de prostitucion y de sensualidad, en este caso, decidme, ¿qué será de la grandeza y de la dignidad del arte? ¿Qué podeis esperar de estas costumbres degradan-

tes y de estas artes degradadas, si no es una marcha dos veces acelerada hácia una doble barbárie, hacia la extincion simultánea de la virtud y del arte? Entonces teneis los artistas que mereceis; crean para vosotros las obras que pedís, que aplaudís, que coronáis; dicen, por medio de la exposicion de obras que han salido á la luz bajo vuestro propio soplo: ¡Ah: quereis sensualismo, aquí lo teneis! ¡Mirad, admirad, aplaudid; pero sobre todo, pagad, pagad bien caro esta audacia que jamás hubieramos mostrado en nuestras obras sin haber tenido para tentarnos la complicidad y el estímulo de vuestras costumbres! ¡Ah! El perfume de vuestras alabanzas, el humo de vuestro incienso, el rumor de vuestros aplausos, bien está; pero esto no basta; el sacrificio de vuestro oro, sabedlo, no basta para compensar estos sacrificios de nuestro talento y esta inmolucion de nuestro arte á los ídolos de la carne y á los dioses de la voluptuosidad!

Así pues, aun sin tomar en cuenta mas que la deformidad de las almas que se les presentan y de las pasiones que les exigen que correspondan á sus gustos depravados, ya veis á qué terribles tentaciones expone la moralidad pública al génio de los artistas. Para comprender esta influencia dos veces desastrosa, basta, al menos hablando en general, suponerlos débiles, es decir, suponerlos *hombres*. Y es todavía bien diverso si los suponeis tales como muy a menudo se encuentran en esta capital, pobres, aislados, luchando cuerpo á cuerpo con la miseria, que se presenta cual espectro horroroso en su oficina, al frente de grandes obras no comprendidas y ejecutadas por un génio que se ha conservado puro y desinteresado. Decidme, al ver en derredor suyo á la medianía con insolente audacia explotar la mina de oro del sensualismo, ¡cuán fuerte no será la tentacion de sacrificar el espíritu á la carne y el arte al oficio, para ar-

rancarse á sí mismo de los brazos de la miseria!

La depravacion de las costumbres no ejerce únicamente una influencia indirecta de decadencia artística en el génio de los artistas; la depravacion, generalizándose los alcanza á ellos mismos y corrompe en ellos directamente las verdaderas fuentes del arte. Lo que el artista da á sus obras, no es únicamente lo que ve en su siglo; es sobre todo lo que su vida real le da á él mismo. Ya os lo he dicho, su arte es su palabra, y su palabra es la manifestacion de sí mismo. El arte, la palabra, el estilo, todo esto significa la misma cosa, la revelacion del hombre. El arte, pues, en los hombres depravados tiene forzosamente que ser, mas ó menos, la manifestacion de la vida depravada, es decir, de la deformidad moral, la peor de todas las deformidades. La primera condicion, así del arte como de la palabra es la sinceridad: colocar exteriormente, por medio de un signo auténtico, lo que se halla en el interior; hé aquí la primera ley de la palabra y del arte. Quitad de la palabra, del estilo y del arte esa firma brillante de la vida que da testimonio de sí misma, ya no resta ni palabra, ni estilo, ni arte; no resta sino la forma mentida, falsificada y muchas veces desfigurada con feos contorsiones, esforzándose por suministrar á una vida que trata de disfrazarse, una máscara ridícula, tanto mas ridícula cuanto, del mismo modo que á través del antifaz carnavalesco, se trasluce siempre mas ó menos algo de engañoso á través de su mentira. De aquí proviene en los artistas de costumbres degradadas esa situacion falsa, equívoca, desastrosa bajo el punto de vista del arte: ó bien contener dentro de sí, á fuerza de violencia y de cálculo, la explosion de la vida interior; y en este caso quitar á sus propias obras la primera condicion de su belleza, el soplo de la es-

spontaneidad y el carácter de la personalidad; ordenar á la obra que encubra al artífice, al estilo que mienta al hombre, al arte que disface al artista; exigir al artificio que se sustituya al arte y que remplace la expresion de la vida con la falsificacion de la vida, ó bien hacer á un lado las violencias hipócritas y los disfraces calculados; guardar á lo menos en el arte el honor vulgar de la sinceridad; abandonar á su espontaneidad propia en la obra del artista, la expresion sincera del hombre; en una palabra, producirse en su obra tal como uno se siente en su vida, mostrarse tal como uno es, feo por su deformidad moral, feo con todas sus manchas y todas sus impurezas; y en este caso forzar á las obras del arte, llamadas á manifestar lo bello, á no ser sino la manifestacion mas ó menos clara de lo deforme, y á proponer á nuestra admiracion, gracias al génio y á la depravacion del artista, magníficas deformidades: hé aquí la alternativa en que se encierra, como en una cueva, el arte separado de la virtud, la expresion de la belleza que pretende divorciarse de la moralidad.

Un escritor tristemente célebre del siglo pasado señala así, en un artista de su tiempo, la degradacion de su arte siguiendo paralelamente la degradacion de sus costumbres: "No sé qué decir de este hombre. La degradacion del gusto, del color, de la composicion, de los caracteres, de la expresion, del diseño, ha seguido paso á paso la depravacion de sus costumbres. ¿Qué quereis que este artista arroje sobre la tela sino es lo que tiene en la imaginacion? ¿Y qué puede tener en la imaginacion un hombre que pasa la vida con las prostitutas de mas baja ralea? . . . No vacilo en decir que este hombre no sabe ya lo que es gracia; no vacilo en afirmar que las ideas de delicadeza, de honestidad, de

inocencia, de simplicidad son ya del todo extrañas para él (1)"

Tal es el resultado ordinario de la perversion moral en los artistas mismos. Algunas raras excepciones, mas aparentes que reales, son absolutamente incapaces de destruir esta lógica de las cosas que se manifiesta en los hechos. Un hombre, á fuerza de génio, puede hacerse un momento ilusion sobre este punto, pero es menester que en el conjunto la ley se lleve á efecto. Hay mas todavía: hasta aquí he supuesto que el vicio dejaba subsistir las fuerzas creadoras, puestas por el artista al servicio del arte. Muy lejos estamos, empero, de que sea siempre así. Hé aquí la herida profunda que iuflije á los artistas y á sus obras el rompimiento de su alianza con la virtud. El vicio no devora tan solo los gérmenes de la vida moral; roe en los artistas, á la vez que la flor perfumada de sus mas bellas facultades, esas fuerzas latentes que el hombre creador debe tener en reserva para la hora fecunda de sus creaciones. ¡Cuántas inteligencias menoscabadas, cuántas imaginaciones extinguidas, cuántos corazones secados, cuántas voluntades reducidas á la esclavitud, cuántas potencias aherrojadas con duras cadenas, cuántas fuerzas quebrantadas, cuántas facultades perdidas para la gloria del arte y el progreso artístico, por esos desórdenes homicidas que condenan á la medianía y tal vez á la esterilidad vidas tan llenas de sávia y tan ricas de esperanzas! ¡Cuántos artistas, aun hoy dia, en noches llenas de orgías y en orgías henchidas de oprobios, consumen una vitalidad que podía ser fecunda, y ahogan en la embriaguez de la carne esos gérmenes de génio, que bajo el sol de la virtud debieran abrirse tornándose en obras maestras! Escuchad á un hombre de

(1) Diderot, *Salon* de 1765.